

Gabriel Oca Fidalgo



PAPELILLO

La carretera muerta



Prólogo de Paco Gómez Escribano

Extracto para lectura gratuita.

Título: La carretera muerta

Autor: Gabriel Oca Fidalgo

© Gabriel Oca Fidalgo, 2008

© Papelillo Editorial, 2025

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial sin autorización.

Sobredosis

De la sobredosis podría contarte alguna cosilla, con las tablas que me pujo a la espalda... Aunque había una gitana en mi barrio que lo explicaba a las mil maravillas, que lo bordaba con su lenguaje cavernícola.

—¡Ay Gabi!... ¡El Lucero!... ¡Que se lo han llevao al hospital ese de los payos!...

—¡No me jodas Amparo!

—¡Ay que sí mi niño que sí!... ¡Que se ha puesto una *doble-dosis* y me lo han encalomao en ulgencias!

¡«DOBLEDOSIS»! En el fondo era de una lógica aplastante, al menos en su cabeza: la mujer había criado catorce hijos en una chabola y ahora tenía una camada de nietos pinchándose por las esquinas. ¡Pero claro! Luego pasa que te encuentras a un pavo en la tele y resulta que te sale con la misma movida, el careto escurrido y la perilla como un chivo, traje de corte y gafinas, ¡licenciado en mis cojones por la universidad de telepicha! Se limpia las gafas con un pañueline y empieza a anaquerar por su boquita: encuestas, baremos, pijadas, estadísticas. Amasa una pelota con todo y se la pone en la nariz como una foca amaestrada: ¡una retórica por el libro que te hace bostezar de la risa!

Y conste que tengo el D.R.A.E. en la mano ahora mismo, Diccionario de la Real Academia Española.

SOBREDOSIS. f. Dosis excesiva de un medicamento o droga.

¿Sí? ¡Pues no! Al menos en lo que se refiere a la muerte por sobredosis. Y es que la sobredosis en el fondo solo es una

palabra técnica, podría ponerme borde incluso y decirte que no existe. Lo único que de verdad existe es el fallo respiratorio con parada cardíaca. Y cuando te empitona ese toro con acierto solo quedan dos salidas: o despiertas al cabo de un tiempo o te vas directo al nicho con lo puesto. ¿Que te ocurrió lo primero? Puede que tengas el corazón como una caja de caudales, o un Ángel de la Guarda que currela de lo lindo. En mi caso son dos cosas bien ligadas, tengo ejemplos a patadas: un día me puse un pico debajo de un puente, a eso de las doce en una víspera de Nochebuena. Al despertar eran las dos de la mañana y tenía la chupa pegada al suelo con la helada. Te aseguro que me costó un huevo despegarme del bordillo, extirparme de esa lápida que me ligaba. ¡RIIIIIIIIISSS! Luego, cuando entré en casa, me hundí en la bañera con el agua a punto de ebullición y con estas que volví a quedarme en el sitio. ¡Parecía un lenguado por la mañana!

—¡Pero qué haces ahí por Dios! —Mi madre—. Hoy no vamos a currar, ¿verdad?

¡Estaba yo para currar! Me enrosqué una toalla a la cabeza y me enquisté en la piltra como una lapa, ¡albornoz y calcetines! Me eché las sábanas por encima de las orejas y estuve sornando hasta que me pidió el cuerpo candela: las botas la chupa los talegos y a buscar al camello de y media.

En cuanto a lo otro, lo de ponerte un pico y largarte para el cielo, ahí ya pueden entrar muchas cosas en juego: porque ibas borracho a matar, o porque te habías comido un puñado de pastillas, o porque llevas dos días de empalme con el cuerpo hecho una birria. El caso es que te pones el pico de siempre y te quedas en el sitio. Es más. Conozco a un tío que quiso quitarse de en medio con un chute suicida, despedida por las bravas en mitad del arrebató. El pavo se enchufó medio gramo de golpe pero despertó al cabo de un rato en un charco de vómitos; se chinó las venas con unas tijeras y

acabó pegando voces en urgencias. Y te lo digo a ti Amparo, que yo a los tíos de la tele no les miro siquiera. Te lo digo a ti mujer, que puede pasarte con un chute ruinas de mil pelas, ¡con el pico de todos los días!, que no tiene que ser por una *dobledosis*, hija mía.

En mi caso tuve tres para el registro, una de ellas contundente. Y con lo de rotunda quiero decir parada respiratoria con morado berenjena de la hostia. De las otras ni las cuento, movidas como las del puente las conservo repetidas.

Tengo que marcar un punto de todos modos: cuando te liga ese toro con acierto si estás solo vas de culo. En una ocasión tuve que subir a un colega a urgencias, el tío se quedó frito en casa y no hubo manera de reanimarle: respiración boca a boca, masaje cardíaco, puñetazos a huevo en el pecho y un chute de sal en la vena: (leyenda urbana esta última que rula de boca en boca y que no sirve de nada). ¡No hubo manera! Al final tuve que sacarlo a rastras y me quedé plantado con él en mitad de la carretera; el coche que venía de frente tuvo que parar en seco y nos subió al hospital como un caza; en la golipén le hicieron lo que tenían que hacer para reanimarle y las libró por ese día. ¡Por más que intentase convencerme la doctora con su dosis excesiva! Y es que el único exceso que tenía el colega era que llevaba dos días enteros vomitando, ni un grano de arroz en la barriga. Nos pusimos un cuarto a racas como siempre y me dio el susto de su vida.

Así de simple es la cosa: un día te pones un pico y no vuelves. Y esto sin que pilles una heroína temeraria, que te vuelvo a repetir que no tiene que ser un caballo de pegada, ni jujana completamente adulterada, que no hace falta una «*dobledosis*» como chanaba la pobre Amparo, ni «*sobredosis*» como dicen los pavos de la academia. Al caso te pones un pico y te quedas. ¡Porque caíste en una mala postura sin ir más lejos! Y si no que se lo pregunten al pavo ese

que me sonríe todavía por la calle, su gesto cómplice en los ojos al cruzarnos: un día entramos en un chamizo a ponernos un pico y nos encontramos al menda ovillado en una esquina, sentado encima de unos cartones con la cabeza empotrada en las rodillas, todo tirado por el suelo con la chuta en la mano todavía. Total que le agarro por los pelos y le levanto la cabeza, le echamos un vistazo de cerca y ahí esta el tío con el morro amoratado. Tuvo suerte con nosotros al menos, los colegas que iban delante pasaron de largo y se pusieron allí mismo sin cortarse.

—¡Pero dónde vais joder!... ¡Anda y que le den por el culo!

Iba con el Berto como siempre. Le pillamos de la chupa y le sacamos a rastras del chamizo, le metimos la cabeza debajo del caño y todavía tuvo que venir un gitano a echarnos un cable: le parcheó los bolsos lo primero y le sirló los cuatro talegos que tenía en palanca. Luego le metió una serie de manotazos secos en el pecho y el tío empezó a volver poco a poco del destierro. Tuvimos que hacer un alto en este punto, el código pirata que rige en las tierras de secano. Le sentamos en el suelo con cuidado y nos fuimos a por él sin disimulos.

—¿Qué pasa con los jurdeles Borja?

El Borja se nos quedó mirando: dos aletas de tiburón que se iban acercando. Saltaba a la vista que el barco era nuestro y nos pasó los talegos por si acaso. Y te aseguro que es muy cierto lo que digo: cinco minutos más en la posición que tenía y lo sacan de allí en una caja de pino. ¡Pero mira! Cuando dimos la vuelta el tío ya estaba de pie y con estas que se vino encima a pedirnos un cigarro; el colega le pilló en el aire a la que estaba cayendo y todavía estuvimos de paseo con él un buen rato. ¡Que es que se cerraba como un acordeón el hijoputa! «¿Quién tiene farla socio?». Y ¡PLOF!, otra vez a plomo contra el suelo. Luego resultó que era un pavo de Alicante, caído en

esta tierra por despecho: dos divorcios a la española y una niña de siete años que le había palmado en un accidente de tráfico, ¡con el pobre al volante para más saña! La vida como ves le había sangrado con odio y el tío acabó montando una tienda de tatuajes en el centro. Increíble esta existencia, las cosas que te encuentras, y que te quedan todas dentro con el tiempo, ¡como para llenar la cabeza de recuerdos! Pero así es el vicio en el fondo, que te plantan en la mesa de disección y te haces el muerto para levantarle la billetera al forense.

Di que luego están esos casos en los que no pueden sacarte adelante los colegas, ni los profesionales en urgencias con su material de quirófano: parada cardiaca con fallo respiratorio y al día siguiente tienes una esquela en el periódico. Pero con un chute simple ya digo, que te vuelvo a repetir que no tiene por qué haber «dobles» ni «sobres» de ningún tipo.

En mi caso fueron tres por gilipollas. La primera y la tercera con mi compadre de correrías y la del medio con un colega que ya ha muerto por desgracia: mi compañero Gelo que estará siempre conmigo en el recuerdo. Y las tres que te cuento, siempre por lo mismo: estaba limpio con mi cura del ramadán y el chute de homenaje me dejó tieso en el banquillo.

Para entrar en tema te diré que hice tres curas de desintoxicación antes de entrar en el programa de metadona. Aunque también es verdad que no llegué a estar limpio ni un mes seguido: la medicación que venía a durar quince días y otros tantos que aguantaba firme en el escaño. El resto es lo de siempre, sin diferencias en mi caso. Concluida la tortura empiezas a picar a saltos y en menos de lo que tardo en contarlo ya estás metido hasta el cuello, sin tiempo de recuperar, sin regular el sueño siquier. De manera que vuelves al camino y lo malo es que entras con todo el ansia contenida. En cuanto a los tres toques de atención debo reconocer que tuve una suerte de la hostia, una

nata que no veas. Y es que de haber estado solo seguro que ahora no lo estaría contando: el hocico morado con los labios replegados hacia adentro, forrándote los dientes, moldeando la boca con un círculo perfecto. Aunque tendrías que verlo en caliente para que supieses de lo que hablo, cuando llegas a este punto: la boca como un pez y los ojos en blanco, el cuerpo desmadejado o tieso como una tabla, y con esos estertores que te brotan en el pecho para escapar por la garganta.

¡Y lo más gracioso de todo es que no te enteras de nada!, te quedas como un jilguero con el grisú y se acabó. El marrón viene para el colega que está contigo, compañero de fatiga que invoca al sortilegio para no dejarte tieso en la estacada. Porque también puede ocurrir que te lo estés montando con un marica de tres pesetas, un tiñalpas que te sirla los tachines y te deja tirado en el suelo. ¡Que es que te lo encuentras al cabo del tiempo y te entra con todo el vacilón de su cuerpo!

«¡Anda que menudo colocón que pillaste colega!... Estaba bueno, ¿eh?».

Resultado. Le metes con el botellín de cerveza en el careto y luego te quedas a ver cómo recoge los piños del suelo.

Tuve suerte en mi caso como digo, ¡y me da que me repito! Con mi compadre el Berto en dos de ellas, y con Gelo que en paz descansa en la más siniestra.



Esto solo es un fragmento...

Si quieres conocer la historia completa, no te cortes.

El realismo sucio no es un crimen.

Disponible en librerías y en www.papelilloed.es.

